

Calle de las Tiendas Oscuras

Patrick Modiano

Calle de las
Tiendas Oscuras

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Rue des Boutiques Obscures
© Éditions Gallimard
París, 1978

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre National du Livre
Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Bettmann / CORBIS

Primera edición: marzo 2009
Primera edición impresa en Argentina: noviembre 2014

© De la traducción: M.^a Teresa Gallego Urrutia, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7506-5
Depósito Legal: B. 4829-2009

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Printing Books - Buenos Aires

Para Rudy
Para mi padre

I

No soy nada. Sólo una silueta clara, aquella noche, en la terraza de un café. Estaba esperando que dejara de llover, un chaparrón que empezó en el preciso momento en que Hutte se iba.

Pocas horas antes, nos habíamos encontrado por última vez en la sede de la Agencia. Hutte estaba detrás del escritorio recio, como de costumbre, pero no se había quitado el abrigo, así que se notaba de verdad una impresión de despedida. Yo estaba sentado enfrente de él, en el sillón de cuero para los clientes. De la lámpara de opalina brotaba una luz fuerte que me deslumbraba.

—Bueno, Guy, pues ya está... Se acabó —dijo Hutte suspirando.

Un expediente andaba rodando por encima de una mesa. A lo mejor era el del hombrecillo moreno de mirada espantada y rostro abotagado que nos había encargado que siguiéramos a su mujer, quien, por las tardes, iba a reunirse con otro hombrecillo more-

no de rostro abotagado en una pensión de la calle de Vital, cerca de la avenida de Paul Doumer.

Hutte se acariciaba pensativamente la barba, una barba canosa, corta, pero que se le comía las mejillas. Los ojos saltones y claros miraban al vacío. A la izquierda del escritorio, la silla de mimbre en que me sentaba yo durante las horas de trabajo. Detrás de Hutte unas baldas de madera oscura cubrían la mitad de la pared; había en ellas guías telefónicas y anuarios de todo tipo y de los últimos cincuenta años. Hutte me había dicho con frecuencia que eran herramientas de trabajo insustituibles de las que no pensaba desprenderse nunca. Y que esas guías y esos anuarios formaban la más preciada y la más emotiva biblioteca con que pudiera contar nadie, pues sus páginas recogían multitud de seres y multitud de cosas y de mundos desaparecidos, de los que ya sólo esos tomos daban testimonio.

—¿Qué va a hacer con todas esas guías? —le pregunté a Hutte, señalando las baldas con un amplio ademán del brazo.

—Se quedan aquí, Guy. No dejo el alquiler del piso.

Lanzó en torno una rápida mirada. Las dos hojas de la puerta que daba paso a la habitacioncita contigua estaban abiertas y se veían el sofá de terciopelo tazado, la chimenea y el espejo en que se reflejaban las hileras de anuarios y de guías y el rostro de Hutte. Nuestros clientes esperaban con frecuencia en esa habitación. Una alfombra persa protegía la tarima. En la pared, cerca de la ventana, había un icono colgado.

—¿En qué piensa, Guy?

—En nada. ¿Así que conserva el piso arrendado?

—Sí. Volveré a París de vez en cuando y la Agencia será mi vivienda de paso.

Me alargó la pitillera.

—Me da menos pena si dejo la Agencia tal y como estaba.

Hacía más de ocho años que trabajábamos juntos. Había creado personalmente aquella agencia de policía privada en 1947 y, antes de trabajar conmigo, había trabajado con otras muchas personas. Nuestro cometido consistía en proporcionar a los clientes eso que Hutte llamaba «informaciones mundanas». Todo transcurría, como le gustaba decir, entre «gente de mundo».

—¿Cree que podrá vivir en Niza?

—Pues claro.

—¿No se aburrirá?

Soltó el humo del cigarrillo.

—No queda más remedio que jubilarse un día, Guy.

Se levantó trabajosamente. Hutte debe de pesar más de cien kilos y medir un metro noventa y cinco.

—El tren sale a las nueve menos cinco. Nos da tiempo a tomar algo.

Fue delante de mí por el pasillo que lleva al recibidor, que tiene una curiosa forma ovalada y paredes de un tono beige apagado. Una cartera negra, tan llena que había sido imposible cerrarla, estaba en el suelo. Hutte la cogió. La llevaba sosteniéndola con la mano.

—¿No tiene equipaje?

—Ya lo he enviado todo por delante.

Hutte abrió la puerta de la calle y yo apagué la luz del recibidor. En el descansillo, Hutte titubeó un momento antes de cerrar la puerta y aquel chasquido metálico me hizo sentir una punzada en el corazón. Marcaba el final de una larga temporada de mi vida.

—Se queda uno chafado ¿eh, Guy? —me dijo Hutte; y se había sacado del bolsillo del abrigo un pañuelo grande con el que se enjugaba la frente.

En la puerta seguía la placa rectangular de mármol negro en donde ponía, en letras doradas con purpurina:

C. M. HUTTE

Investigaciones privadas

—Se queda donde está —me dijo Hutte.

Y, luego, echó la llave.

Fuimos por la avenida de Niel hasta la plaza de Pereire. Era de noche y, aunque estaba empezando el invierno, el aire era tibio. En la plaza de Pereire nos sentamos en la terraza de Les Hortensias. A Hutte le gustaba este café porque las sillas eran de rejilla, «como las de antes».

—¿Y usted qué va a hacer, Guy? —me preguntó tras tomar un sorbo de coñac con agua.

—¿Yo? Estoy siguiendo una pista.

—¿Una pista?

—Sí. Una pista de mi pasado.

Dije esa frase con un tono pomposo que lo hizo sonreír.

–Siempre he creído que algún día recuperaría su pasado.

Esto lo dijo con acento muy serio; y me conmovió.

–Aunque, mire, Guy, me pregunto si realmente merece la pena.

Se quedó callado. ¿En qué pensaba? ¿En su propio pasado?

–Tome una llave de la Agencia. Puede ir por allí de vez en cuando. Me gustaría que fuera.

Me alargó una llave que me metí en el bolsillo del pantalón.

–Y llámeme por teléfono a Niza. Téngame al corriente... en lo que tenga que ver con su pasado...

Se puso de pie y me dio la mano.

–¿Quiere que lo acompañe a la estación?

–No, no... Resulta tan triste...

Salió del café de una única zancada, evitando mirar hacia atrás, y noté una sensación de vacío. Aquel hombre había sido importantísimo para mí. Sin él, sin su ayuda, me pregunto qué habría sido de mí hace diez años, cuando me quedé amnésico de repente e iba a tientas por la niebla. Lo conmovió mi caso y, gracias a toda la gente que conocía, me proporcionó incluso un estado civil.

–Mire –me dijo, abriendo un sobre grande en el que había un carnet de identidad y un pasaporte–. Ahora se llama usted «Guy Roland».

Y aquel detective al que había ido a hacer una consulta para que usara su pericia en buscar testigos o trazas de mi pasado, añadió:

–Mi querido «Guy Roland», a partir de ahora no vuelva a mirar atrás y piense en el presente y en el futuro. Le propongo que trabaje conmigo...

Le caía bien porque –me enteré más adelante– él también había perdido sus propias huellas y toda una parte de su vida naufragó de golpe, sin que quedase ni el mínimo hilo conductor, ni el mínimo vínculo que hubiera podido relacionarlo con el pasado. Pues ¿qué había en común entre ese anciano exhausto a quien veía alejarse en la oscuridad de la noche, con aquel abrigo raído y aquella cartera negra abultada y el jugador de tenis de antaño, el apuesto y rubio barón báltico Constantin von Hutte?

II

—¿Oiga? ¿Paul Sonachitzé?

—Al aparato.

—Soy Guy Roland... Ya sabe, el...

—Sí, claro que lo sé. ¿Podemos vernos?

—Como quiera...

—Por ejemplo... ¿esta noche alrededor de las nueve en la calle de Anatole-de-la-Forge? ¿Le parece bien?

—De acuerdo.

—Lo espero. Hasta luego.

Colgó bruscamente y el sudor me corría por las sienes. Me había tomado una copa de coñac para darme valor. ¿Por qué algo tan anodino como marcar un número de teléfono me cuesta tanto trabajo y tanta aprensión?

En el bar de la calle de Anatole-de-la-Forge no había ningún cliente. Y él estaba detrás de la barra, vestido de calle.

—Ha sido muy oportuno —me dijo—. Libro todos los miércoles por la noche.

Se me acercó y me cogió por el hombro.

—He pensado mucho en usted.

—Gracias.

—Es algo que me preocupa en serio, ¿sabe?

Me habría gustado decirle que no se apurara por mí, pero no me salían las palabras.

—Bien pensado, creo que debía usted de moverse en el entorno de alguien a quien veía yo con frecuencia en determinado momento... Pero ¿quién?

Movía la cabeza.

—¿No puede darme una pista?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ando muy mal de memoria.

Lo tomó por una broma y, como si se tratase de un juego o de una adivinanza, dijo:

—Bueno, pues ya me las apañaré solo. ¿Me da carta blanca?

—Por mí...

—Entonces esta noche me lo llevo a cenar a casa de un amigo.

Antes de salir, bajó con un gesto seco la palanca de un contador eléctrico y cerró la puerta de madera maciza con varias vueltas de llave.

Tenía el automóvil aparcado en la acera de enfrente. Era negro y nuevo. Me abrió la portezuela, muy educado.

—Este amigo que le digo regenta un restaurante muy agradable entre Ville-d'Avray y Saint-Cloud.

—¿Y vamos hasta allí?

—Sí.

Desde la calle de Anatole-de-la-Forge estábamos saliendo a la avenida de la Grande-Armée y me entró la tentación de bajarme bruscamente del automóvil. Ir hasta Ville-d'Avray me parecía insoportable. Pero tenía que ser valiente.

Hasta llegar a la Porte de Saint-Cloud tuve que luchar contra el pánico que me tenía atenazado. Casi no conocía a Sonachitzé. ¿No me estaría llevando a una encerrona? Pero, poco a poco, según lo oía hablar, me fui calmando. Me citaba las diversas etapas de su vida profesional. Primero había trabajado en salas de fiestas nocturnas rusas; luego, en el Langer, un restaurante en los jardines de los Campos Elíseos; luego, en el Hotel Castille de la calle de Cambon; y había pasado por otros establecimientos antes de regentar aquel bar de la calle de Anatole-de-la-Forge. Siempre acababa por coincidir con Jean Heurteur, el amigo a quien íbamos a ver, así que llevaban unos veinte años formando un tándem. Heurteur también tenía buena memoria. Entre los dos, seguro que resolvían «el enigma» que yo planteaba.

Sonachitzé conducía con mucha prudencia y tardamos casi tres cuartos de hora en llegar.

Algo así como un bungalow cuyo lado izquierdo tapaba un sauce llorón. A la derecha, divisaba una maraña de matorrales. El local del restaurante era amplio. Desde el fondo, en donde brillaba una luz fuerte, se nos acercaba un hombre. Me tendió la mano.

—Encantado. Soy Jean Heurteur.

Y, luego, le dijo a Sonachitzé:

–Hola, Paul.

Nos llevaba hacia el fondo de la sala. Estaba puesta una mesa para tres, en cuyo centro había un ramo de flores.

Señaló una de las puertas acristaladas:

–Tengo clientes en el otro bungalow. Una boda.

–¿Nunca había venido aquí? –me preguntó Sonachitzé.

–No.

–Pues entonces enséñale la vista, Jean.

Heurteur salió delante de mí a una veranda que daba a un estanque. A la izquierda, un puentecillo abombado, de estilo chino, llevaba a otro bungalow, en la otra orilla del estanque. Una luz violenta iluminaba las puertas vidrieras y, tras ellas, vi pasar parejas. Estaban bailando. Nos llegaban desde lejos retazos de música.

–No son muchos –me dijo– y me da la impresión de que esta boda va a terminar en francachela.

Se encogió de hombros.

–Debería usted venir en verano. Las cenas son en la veranda. Resulta agradable.

Volvimos a entrar en la sala del restaurante y Heurteur cerró la puerta vidriera.

–Les he preparado una cena sin pretensiones.

Nos indicó con un ademán que nos sentásemos. Estaban juntos, enfrente de mí.

–¿Qué vino le gusta? –me preguntó Heurteur.

–El que usted diga.

–¿Château-petrus?

–Es una idea estupenda, Jean –dijo Sonachitzé.

Un joven con chaqueta blanca nos servía. La luz del aplique de la pared me caía encima y me deslumbraba. Los otros estaban en la sombra, pero seguramente me habían sentado así para reconocermé mejor.

—¿Qué te parece, Jean?

Heurteur había empezado a tomar la galantina y me lanzaba, de vez en cuando, una mirada aguda. Era moreno, como Sonachitzé, y, lo mismo que éste, se teñía el pelo. El cutis granuloso, las mejillas flácidas y unos labios finos de gastrónomo.

—Sí, sí... —susurró.

A mí me hacía guiñar los ojos la luz. Nos puso vino.

—Sí..., sí..., yo creo que ya he visto al señor.

—Es un auténtico rompecabezas —dijo Sonachitzé—. Este caballero se niega a encarrilarnos...

Parecía haberse adueñado de él una inspiración.

—Pero a lo mejor quiere usted que lo dejemos. ¿Prefiere seguir «de incógnito»?

—En absoluto —dijo sonriendo.

El joven estaba sirviendo una molleja de ternera.

—¿Cuál es su profesión? —me preguntó Heurteur.

—He estado trabajando ocho años en una agencia de policía privada, la agencia de C. M. Hutte.

Me miraban fijamente, estupefactos.

—Pero es algo que seguramente no tiene relación alguna con mi vida anterior. Así que no lo tengan en cuenta.

—Es curioso —dijo Heurteur, clavándome los ojos—, no se le puede calcular a usted la edad.

—Por el bigote, seguramente.

—Sin el bigote —dijo Sonachitzé— a lo mejor lo reconocíamos en el acto.

Y alargaba el brazo, me ponía la mano abierta debajo de la nariz para tapar el bigote y guiñaba los ojos como el retratista ante su modelo.

—Cuanto más lo miro, más tengo la impresión de que pertenecía a un grupo de noctámbulos... —dijo Heurteur.

—Pero ¿cuándo? —preguntó Sonachitzé.

—Huy..., hace mucho... Hace una eternidad que no trabajamos ya en las salas de fiestas, Paul...

—¿Te parece que la cosa se remonta a la época del Tanagra?

Heurteur me clavaba una mirada cada vez más intensa.

—Disculpe —me dijo—. ¿Podría ponerse de pie un momento?

Obedecí. Me miraba de arriba abajo y de abajo arriba.

—Pues sí, me recuerda a un cliente. Tiene usted una estatura... Espere...

Había alzado la mano y se quedaba petrificado como si quisiera aferrar algo que corría el riesgo de disiparse de un momento a otro.

—Espere... Espere... Ya está, Paul.

Tenía una sonrisa triunfal.

—Ya puede volver a sentarse.

Estaba exultante. Con la seguridad de que lo que iba a decir causaría efecto. Nos servía vino a Sonachitzé y a mí de forma ceremoniosa.